

LA SERIE DE MISTERIO DE LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

Michael Jecks

LOS ASESINATOS DE CREDITON

NOVELA HISTORICA

booket

MICHAEL JECKS

LOS ASESINATOS DE CREDITON

Serie Misterio de los caballeros templarios 04

*Para Rachelle, Vicki, Chris, Gwynn y Alan,
con amor.*

Argumento

Un robo y un asesinato son el detonante de un nuevo caso por resolver para Simon Puttock, el detective medieval, y Baldwin Furnshill, el caballero templario. El apacible pueblo de Crediton, en Devonshire, se ve sacudido por una serie de terribles acontecimientos que van a alterar la vida de sus sencillos habitantes.

Simon Puttock, alguacil de Lydford, y Baldwin Furnshill, Guardián de la Paz del rey, asisten a la cena de bienvenida en honor a un visitante muy especial que todo Crediton está esperando, el obispo de Exeter. Pero la estancia en la posada del pueblo de una banda de mercenarios que se alojarán allí durante unos días no presagia nada bueno...

La cena de bienvenida al obispo se va a ver interrumpida por un terrible incidente: se ha perpetrado un robo entre los mercenarios y, además, han asesinado a una joven del pueblo, que aparece en el interior de un baúl. Los asesinatos de Crediton han comenzado. Simon y Baldwin se ven así envueltos en una trepidante aventura en la que deberán identificar al asesino antes de que sus propias vidas corran peligro...

1

Cuando detuvo su carretón lanzó un gruñido por el esfuerzo de tener que bajar a gatas de su asiento elevado, luego dio un respingo cuando la manga de la camisa se enganchó en una astilla y la tela se rasgó. El hombre, rechoncho y de baja estatura, permaneció junto a su caballo examinando con pesar el desgarró. Para su esposa sería la gota que colmaba el vaso, pensó.

El caballo, percibiendo la atención difusa de su amo, bajó la cabeza y comenzó a pacer la hierba. El hombre lo miró; el sonido de los tallos al ser arrancados ahogaba el débil tintineo musical en el borde extremo de su oído. Propinó al caballo una fuerte palmada, pero el animal le ignoró, acostumbrado como estaba a sus golpes e insultos.

No se sentía especialmente molesto. En el concurrido camino que unía Exeter y Crediton había toda clase de viajeros; este sonido a campanillas probablemente anunciara a otro pescadero o, tal vez, a un grupo de mercaderes. Encogiéndose de hombros, aplastó una mosca que se había posado en su antebrazo, luego se rascó ociosamente una picadura de pulga en el cuello, manos y uñas teñidas de rojo anaranjado por la sangre, mientras volvía la vista hacia el camino.

Había otros sonidos que le distraían: el gorjeo de los pájaros en los árboles, el gorgoteo del agua del arroyo, y el crujido de las hojas por encima de su cabeza mientras la brisa agitaba suavemente las ramas. Elevó la mirada hacia el cielo y deseó que la corriente de aire descendiera y le refrescase a él. Incluso debajo de los árboles el calor del sol de agosto era sofocante.

Arrodillándose junto a la corriente, juntó agua formando un cuenco con las manos y se la echó sobre la cabeza, frotándose la cara y resoplando ante la súbita frescura. Se levantó lentamente, sacudiendo la cabeza, un hombre fornido de poco más de treinta años, con la cara redonda y mejillas carnosas, con una fina película de pelo rubio rodeando su cabeza calva. El vientre prominente exhibía con elocuencia su afición a la comida y la bebida. Tenía un aire de sano buen humor y siempre tenía a mano una sonrisa y una broma para sus clientes; eran muy pocos los que se marchaban de su tienda cerca del matadero sin una sonrisa en sus labios. Hacía poco que se había iniciado en el negocio y quería asegurarse de que todo aquel que le visitara quisiera volver.

Recordando por qué se había detenido en primer lugar, se levantó la blusa y se apartó del borde del camino, contemplando con displicencia la suave ondulación de las aguas mientras vaciaba la vejiga con una sensación de alivio. Nunca tendría que haber aceptado toda esa cerveza que le ofreció el granjero...

Se acomodó el calzón con expresión reflexiva. Su esposa estaría enfadada después de una espera tan larga. Le había prometido que regresaría rápidamente después de haber recogido las dos reses de

ternero que llevaba en la parte posterior del carretón. Miró el sol e hizo una mueca. ¡Ya debía de ser media tarde como muy pronto! La lengua de Mary se volvería más intensa y madura con el paso del tiempo, como si fuese un queso fuerte, y toda su amargura se concentraría sin duda en él.

—¡Ja! —musitó—. Si un hombre no puede echar un trago con un amigo cuando está cansado, ¿qué sentido tiene la vida?

Rascándose otra picadura de pulga en el pecho, volvió a subir al asiento del carretón y cogió las riendas, moviéndolas con un chasquido. Su viejo caballo arrancó un último bocado de hierbas y se inclinó hacia adelante, tensando los arreos, sacudiendo el carretón y haciendo maldecir al hombre.

—¡Por la sangre de Cristo! ¡Jodido caballo, tranquilo! ¿Quieres que me caiga del carro?

El traqueteo del carretón a medida que avanzaba fue menguando su tensión y se repanchingó en el asiento, dándose apenas cuenta de la dirección que llevaba. En cualquier caso, tampoco era necesario. La vieja bestia conocía el camino de regreso a casa en Crediton y no tenía que atizarle con el látigo o las riendas para que cogiera el camino correcto. Las moscas abandonaban momentáneamente las reses cuando el carretón se sacudía y él maldecía mientras intentaba espantarlas.

Adam no era ningún tonto. Sabía muy bien que no era un esposo ideal y podía imaginar fácilmente que Mary había estado nerviosa cuando se casaron, pero juzgó que su sólida carrera y el dinero que derrochaba en ella eran suficientes para mantenerla contenta. Pequeña, a él le recordaba un pájaro, con su figura delgada, los huesos diminutos y los ojos grandes y brillantes. Era incluso más baja que él, al menos media cabeza, y él disfrutaba la sensación de control que le proporcionaba esta diferencia de estatura, aunque era el primero en reconocer, aunque fuese sólo para sí, que jamás pensaría en utilizarla, ya que temía sobremanera herir sus sentimientos. Adam no era como otros hombres que conocía: no creía en la necesidad de pegarle a su esposa.

Ahora el caballo ascendía pesadamente la colina y sólo quedaban unos cinco kilómetros para llegar al pueblo. La luz del sol se filtraba a través de las ramas por encima de su cabeza y formaba charcas de luz dorada en el suelo; permitió que sus ojos se cerrasen mientras su cabeza se bamboleaba bajo el efecto soporífero del sonido regular de los cascos. Era el efecto de la cerveza, pensó. Nunca debería haber bebido tanto. Mientras regurgitaba, comenzó a preparar excusas en caso de que Mary estuviese de un humor de perros. Decirle simplemente que había aceptado el ofrecimiento del granjero de beber un trago después de una calurosa mañana de duro trabajo no sería suficiente para apaciguar su ánimo.

Al llegar a la cima de la colina, el caballo hizo una pausa; estaba a punto de agitar las riendas cuando volvió a oír aquel ruido y se volvió en el asiento para mirar hacia el camino. Esta vez sonaba como una partida de soldados, pensó, aunque no alcanzó a ver nada. El camino discurría tortuosamente entre los árboles y le impedía ver más allá de unas decenas de metros. Lanzó un gruñido receloso y tiró bruscamente de las

riendas, iniciando el descenso de la colina en dirección a Crediton. No quería tener un encuentro con hombres armados tan lejos de casa.

Ahora los árboles se abrían un poco y, en la cima de la siguiente colina, alcanzó a divisar los alrededores del pueblo, con un par de granjas blancas y austeras debajo de su baño de cal. El humo se alzaba detrás de ellas por las docenas de fuegos encendidos en el pueblo y Adam sonrió ante la vista. Su humor siempre se animaba al ver su pueblo, seguramente el más antiguo y mejor de Devonshire, el lugar donde había nacido san Bonifacio. Sus ojos estaban fijos en el horizonte mientras avanzaba por el camino hasta quedar nuevamente bajo la cubierta de los árboles y la vista se oscureció.

Fue aquí, cerca del ocioso río, donde vio al sacerdote. Adam colocó rápidamente su monedero detrás de su espalda, fuera de la vista del cura. No tenía problemas en entregar un par de monedas para ayudar a la Iglesia, especialmente teniendo en cuenta que los canónigos eran buenos clientes, pero no le gustaba dar limosnas en el camino.

El hombre oyó que se acercaba y se volvió, mirándole con ojos de miope.

—Adam. ¿Cómo estás?

—Bien, padre —contestó Adam, inclinando la cabeza.

—Un hermoso día, amigo mío.

—Oh, sí, padre. —Adam suspiró.

Si el sacerdote quería hablar, él no podía continuar su camino groseramente. Peter Clifford era un hombre importante en la región. Entonces tuvo una idea. El sacerdote era una excusa que ni siquiera Mary podía ignorar.

—¿Dónde has estado? —preguntó Clifford, viendo que Adam había tirado de las riendas para frenar al caballo y parecía deseoso de hablar. Interiormente, él también suspiró. Era un hombre amable, pero sabía que Adam era un tipo muy aburrido y no le apetecía hablar con él. No obstante, esbozó una sonrisa forzada y trató de mostrarse interesado mientras el carnicero le hablaba del viaje que había hecho a la pequeña granja en el este para recoger a los dos terneros. El murmullo de las moscas en la parte trasera del carromato añadía un toque de veracidad al relato, pensó Clifford con un respingo. Las moscas se elevaban en pequeñas oleadas para volver a asentarse sobre las reses muertas.

—¿Y quiénes son éstos? —murmuró.

—¿Quiénes? —preguntó Adam, interrumpido el hilo de sus pensamientos. Al volverse hacia el camino pudo ver por fin el origen del ruido que había oído antes.

En medio del camino, y dirigiéndose directamente hacia ellos, había un grupo de hombres, pero no se trataba de viajeros corrientes y Adam sintió que se ponía rígido en el asiento. *Eran* soldados.

Al frente del grupo iban dos jinetes sobre sendos ponis de aspecto cansado pero robustos. Ambos llevaban cotas de malla acolchadas, manchadas y sucias por el prolongado uso, sobre túnicas verdes. Uno de ellos tenía un bacinete con la visera levantada, y sostenía una lanza en la mano, mientras que su compañero llevaba un cuchillo de hoja larga como

si fuese una espada corta. Ambos miraron a los dos hombres que estaban junto al camino y el que llevaba yelmo guiñó un ojo a Adam al pasar.

Detrás de ellos venía otro hombre, montado en un gran caballo negro que brillaba como si le hubiesen untado de aceite al pasar entre las charcas de sol. Fue este hombre el que captó de inmediato la atención de Peter.

Era enorme, al menos un metro ochenta de alto, y su porte indicaba a las claras que estaba acostumbrado a comandar hombres. Eso podía percibirse en su tranquilidad y confianza en sí mismo, en la forma en que apenas si desvió la mirada hacia los dos desconocidos que estaban al borde del camino, continuando su marcha, el ceño fijo en el horizonte como si buscase nuevas batallas. Su túnica mostraba los efectos de los días pasados en el camino, pero era de confección cara y no exhibía ningún modelo o figura que pudiese revelar su lealtad. Crediton era un pueblo famoso por su lana, y Peter, al igual que la mayoría de los hombres del pueblo, podía reconocer un material de calidad. El de este hombre era excelente. Ligero, suave y muy bien tejido, debajo de la capa de polvo que lo cubría se advertía el intenso carmesí de un vino bueno y aromático. Quienquiera que fuese este hombre, no había duda de que era rico.

La mirada de Adam se posó en los hombres que venían detrás. Otros tres eran jinetes, pero a continuación había al menos veinte más, y varios carromatos cerraban la marcha. No pudo evitar recular unos pasos. Las bandas de guerreros eran demasiado imprevisibles para su gusto.

Cuando el gran caballo negro llegó hasta donde se encontraba, Peter dio un paso adelante.

—Buenos días, señor. La paz sea con vos.

La pequeña columna de hombres y caballos se detuvo, y se hizo un momentáneo silencio. Luego la cabeza del hombre se volvió bruscamente hacia Clifford y el hombre le miró sin pestañear. El sacerdote sonrió, pero su rostro se paralizó lentamente bajo la intensa mirada de esos ojos grises y apagados. Estaban muy separados en el rostro fuerte y cuadrado y no mostraban un gramo de compasión, sólo desdén. Inquieto, el sacerdote retrocedió ante el hosco escrutinio de aquel hombre. No imaginaba qué podía haber dicho para provocar tanta ofensa. Cuando abrió la boca para decir algo más, el caballero escupió a sus pies.

—¡Allí tenéis, *sacerdote!* —dijo—. ¡Eso es lo que pienso de vuestra paz!

—No era un insulto, señor, sólo era un saludo...

—¿No era un insulto? —rugió el hombre, y su caballo holló la tierra y resopló como si él también sintiese la profundidad del desdén. Esta vez Clifford no pudo evitar dar un paso atrás. Adam sintió que una punzada de miedo helado le recorría la espalda cuando, de pronto, el hombre se inclinó hacia delante hasta que el codo quedó apoyado en la cruz de su cabalgadura.

—No era un insulto —dijo el pequeño cura.

—No era un insulto —se burló, y volvió a clavar la mirada en Clifford—. ¿Creéis que somos frailes, sacerdote? ¿Acaso parecemos monjes? O quizá creéis que somos tejedores y molineros en busca de un nuevo mercado. ¡Somos *soldados!* Luchamos para ganarnos la vida. ¡No queremos *paz!* En

tiempo de paz nos morimos de hambre. ¡Queremos *guerra!* ¡Maldita sea vuestra paz!

Adam observó como el caballero furioso clavaba las espuelas en los flancos del caballo y volvía a fijar la vista en el camino, los jinetes armados tras él, uno o dos de ellos mirándoles a él y al sacerdote con aire indiferente.

—Padre, ¿quién se cree que es para atreverse a insultar a un hombre de Dios? —preguntó Adam, casi sin aliento por el miedo que le embargaba.

Clifford sonrió ligeramente y se encogió de hombros. Era un hombre alto, de aspecto ascético y poco más de cincuenta años, con un pelo que ahora no era más que un pálido reflejo de su pasada rojez. Permaneció en el borde del camino, observando en silencio a los hombres que pasaban delante de él, seguidos de carretones que se bamboleaban cargados con baúles y cofres de caudales.

Aunque seguía siendo un hombre alto, Peter Clifford era encorvado, y esta característica, unida a sus ojos rasgados, hacía que algunos de sus feligreses le temieran, creyéndole una persona agresiva. En realidad, ambos rasgos eran el resultado de pasar demasiadas horas dedicado a la lectura a la débil luz de un candil. Su piel había palidecido hasta adquirir el color del pergamino antiguo, mostrando el escaso tiempo que pasaba al aire libre lejos de sus estudios. En su figura había una tensión que demostraba que aún cabalgaba con regularidad, aunque ya no podía seguir disfrutando de la caza y la cetrería con la misma frecuencia con que lo había hecho en su juventud. Las patas de gallo marcadas a ambos lados de sus ojos oscuros e inteligentes insinuaban que era un alma buena y generosa, pero ahora estaba preocupado, atisbando a los hombres cubiertos de polvo mientras desaparecían de la vista en un recodo del camino.

Volviéndose hacia Adam, sonrió con tristeza.

—Son hombres de guerra y violencia. Soldados... *imercenarios!* No pueden comprender los placeres que yo disfruto al servir a Dios. Todo lo que saben es cómo matar. Las palabras amables no hacen mella en hombres como ellos. —Continuó mirando el camino después de que el último carromato hubiese pasado—. Me pregunto adonde irán —musitó para sí.

—Sí. Y esperemos que su intención no sea permanecer mucho tiempo aquí, padre —dijo Adam enfáticamente—. He visto a demasiados hombres como ellos antes y en Crediton no queremos que los de su clase se queden mucho tiempo. Habrá problemas.

—No, no tendría por qué haber problemas. Si esos hombres los causan, el pueblo puede defenderse. Había solamente unos treinta hombres en total y el pueblo puede protegerse de un número tan escaso. Pero tienes razón, esos hombres son inquietantes, y sería mucho mejor que decidieran no quedarse aquí. —Clifford los apartó de su mente y echó a andar hacia el pueblo—. En cualquier caso, tengo mucho trabajo que hacer como para permanecer ocioso preguntándome por un grupo de rudos viajeros. Debo regresar a Crediton para preparar la llegada del obispo.

Adam hizo que el caballo se pusiera en marcha y anduvo unos minutos

junto a Peter.

—¿Obispo? —preguntó.

—Sí, Walter Stapledon ha venido a visitar a alguien en Cornwall. Me ha hecho saber que se quedará con nosotros unos días durante su viaje de regreso a Exeter. Debemos preparar las cosas para su llegada.

—Yo... este... ¿Necesitará carne para él? Tengo estas dos reses y...

—Es posible. Enviaré al cocinero a verte —dijo Clifford con aire ausente.

Incluso para el carnicero resultaba obvio que la mente del sacerdote estaba en otra parte y, muy pronto, Adam azotó ligeramente al caballo con el látigo y aceleró la marcha en dirección a su casa. Las noticias acerca de ese grupo de soldados probablemente ayudarían a calmar el enojo de su esposa, pensó.

Los árboles dejaron paso finalmente al paisaje abierto y Adam pudo ver a los hombres y mujeres que trabajaban en los estrechos campos. Un grupo estaba en una esquina, bebiendo cerveza y comiendo mientras se tomaban un descanso, y el resto seguía con sus labores. Adam pudo comprobar que la cosecha era buena. Por una vez el tiempo había sido bueno para los granjeros y tanto el trigo como la cebada se erguían altos y orgullosos en los surcos. Giró hacia los campos, dejando el camino principal y cogiendo un atajo para evitar un nuevo encuentro con los soldados. Poco después llegó a los arrabales de Crediton. Pasó junto a las viejas construcciones de arcilla y paja y entró en la bulliciosa calle que discurría por el centro del pueblo. Aquí el ruido y el ajetreo del pequeño pueblo disiparon el último residuo de lasitud provocado por la cerveza y se irguió en el duro asiento de madera.

Crediton siempre bullía de actividad. El lugar de nacimiento de san Bonifacio tenía una pujante comunidad religiosa, la profusión de granjas aseguraba los beneficios de los comerciantes y la proximidad de Exeter garantizaba la disponibilidad de bienes preciosos y productos alimenticios raros que podían adquirirse con el dinero obtenido de los fabricantes de ropa.

Ahora, cuando comenzaban a desvanecerse las últimas horas de la tarde, en el pueblo había una actividad que envidiarían muchos señores de otras regiones. Adam se había criado en una finca al oeste de Crediton, pero se le había permitido convertirse en un aprendiz, de modo que conocía muy bien la diferencia entre la vida urbana y aquella que llevaban los campesinos en las zonas rurales. Los pueblos no eran feudales ni rurales, y las restricciones que se imponían en otras partes del país no existían en lugares como Crediton. Aquí los negocios y los oficios podían prosperar y las únicas reglas habían sido establecidas para beneficio y provecho de la población.

Y no había duda de que el pueblo gozaba de una gran prosperidad, si las multitudes eran señal de ello. Congregándose a ambos lados del camino, manteniéndose apartados del albañal abierto que discurría por el medio de la calle y tratando de no pisar los charcos de orina de bestias y hombres mientras recorrían el pueblo, la gente de Crediton no estaba tranquila y silenciosa: todos tenían prisa. Adam vio a un hombre, que debía de ser rico puesto que llevaba una capa forrada de piel echada

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

